

siguió reprimir el sarcasmo que acababa de brotar en su pensamiento.

—¿Y á usted qué le importa?—dijo brusca-mente, expresando con la mirada el desdén que no quiso expresar con la palabra.

—Puesto que se niega usted á contestarme, permítame usted que lo haga en su lugar—re- puso Servian, con la más imperturbable calma:— Si no triunfa en su misión pacificadora, pensará usted que el señor Tonayrion me es tan superior por su mundología y por su docilidad como lo es ya por su valor y por sus virtudes caballe- rescas.

Un tanto confusa al verse tan bien adivinada, Estela ocultó su turbación bajo apariencias de broma.

—Puesto que es usted brujo—repuso,—díga- me quién es el que viene por detrás de usted.

Volvióse Servian y divisó á Félix, que se acer- caba con expresión vacilante.

## VII

## El tratado de paz.

Intrigado por el modo furtivo con que su tío salió de la sala de billar, el alumno de Saint-Cyr aprovechó la primera ocasión para eclipsarse á su vez. Al divisar á la dama de sus pensamientos sola con Servian en un lugar que, por su aparta- miento, parecía apropiado para las más confiden- ciales conversaciones, experimentó un súbito ac- ceso de vagos celos, compañeros inseparables de todo primer amor.

Sin embargo, á pesar de su deseo de interrumpir aquella molesta conferencia, quizás no se hu- biera atrevido á permitirse tal libertad, si un ademán amistoso de la señora Caussade no le hubiera invitado á aproximarse. Sin saber de cierto por qué, la joven viuda hallábase descon- tenta del giro que la conversación había tomado. Se decidió, pues, súbitamente á admitir en ella á una tercera persona, que tenía el más legítimo de los derechos á tal favor, y determinó experi- mentar sin demora sobre ella la influencia que

Servian había cometido la irreverencia de poner en duda.

—Llega usted con mucha oportunidad—dijo á Félix cuando se hubo acercado;—precisamente hablábamos de usted.

—¿De mí, señora?—respondió Cambier, mirándola con admiración.

—Nos ocupábamos de su grave litigio con el señor Tonayrion—continuó Estela bromeando;—vea usted en mí á la paloma con el ramo de olivo. No quiero que una cuestión frívola destruya la buena armonía que hasta ahora ha reinado entre dos hombres dignos de mutua estimación. He sermoneado ya como conviene al señor Tonayrion, quien, como yo sé y él mismo reconoce, carece de razón en este asunto: espero, en justa reciprocidad, no tener que dedicar á usted más que elogios. Por de contado, su adversario presenta á usted por mi conducto las excusas más formales y más completas. Como usted ve, al tratado de paz no le falta más que su firma; dé-mela usted.

Y tendió la mano á Félix, quien, en lugar de sellar la paz estrechándola, echó hacia atrás la cabeza, como si hubiera temido ceder á la tentación.

—Señora—dijo gravemente,—en cualquiera otra circunstancia me consideraría feliz obedeciendo á usted; pero ahora me es imposible; he sido insultado.

—Eso no; se engaña usted atribuyendo al señor Tonayrion una intención que nunca tuvo. Un hombre de la edad de usted, ¿debe dar semejante importancia á algunas palabras irreflexivas, que sólo podrían ofender á un niño?

—¡Un niño!—exclamó Félix, que, viendo siempre una alusión personal en tal palabra, no la oía jamás con sangre fría.

—Sí, lo sostengo—continuó Estela, apresurándose á acallar el amor propio del adolescente;—solamente los niños se enfadan por niñadas; y, precisamente porque es usted un hombre, creo poder hacer un llamamiento á su buen juicio.

—Lo que usted califica de niñada es á mis ojos un ultraje que exige sangre.

—¡Qué locura! ¡Qué extravagancia!

—Pero, ¿ignora usted, señora, que ese hombre ha tenido la insolencia de arrancarme del ojal la rosa que usted me había dado?

—¿No es más que eso?—dijo la señora Causade con encantadora sonrisa;—la acción es en

extremo censurable, seguramente; pero el mal tiene cura; quedan rosas todavía.

Al decir estas palabras se aproximó á una platabanda que se extendía á lo largo del paseo y de un rosal enano cortó una flor con la que condecoró á Félix, cuyo corazón, con sus desordenados latidos, fué el único que repelió la mano blanca y suave que al colocar la flor en su ojal tocó un instante su pecho.

—Puede usted lucirla con toda tranquilidad —le dijo al mismo tiempo;—nadie, se lo juro, tendrá el atrevimiento de tocarla.

—Antes sería preciso arrancarme la vida,—respondió él con voz ahogada.

Al observar la emoción del adolescente, Estela se creyó victoriosa.

—Hemos evitado una gran desgracia—continuó ella con insinuante dulzura.—Y ahora, ¿me rehusará usted lo que le he pedido?

—¿Qué me ha pedido usted, señora?—respondió Félix, pareciendo salir de un ensueño.

—¡La paz! —dijo ella, tendiendo la mano.

—¿Con el señor Tonayrion? ¡Nunca!—exclamó él con vehemencia.—La bondad de usted no llega á borrar su insolencia. Cuando pienso...

—Piense usted en que soy una mujer; un niño puede no tomar en consideración las peticiones de una señora; pero un hombre—y usted lo es—no puede desairarlas sin faltar á la cortesía.

—Pero, señora, cuando el señor Tonayrion...

—No se trata ya del señor Tonayrion, sino de mí; yo soy quien habla á usted; yo, quien apelo á su buen juicio; yo, quien le dirijo una súplica; yo, quien tiendo á usted la mano: ¿se decidirá usted á darme la suya?

No sabiendo ya cómo resistir á aquella voz apremiante y á aquella elocuente sonrisa, Félix alargó una mano, que Estela asió en el acto.

—¿Usted me da su palabra de honor—le dijo ella—de olvidar este pueril altercado y de tratar al señor Tonayrion como antes de él?

—¿Qué exige usted, señora?—respondió el joven con voz insegura y tratando débilmente de retirar la mano.

—Nada exijo; ruego tan sólo—repuso la señora Caussade, quien, como argumento supremo, fijó en él sus ojos elocuentísimos.

Félix no pudo soportar aquella mirada irresistible; inclinó la cabeza y, con voz tan débil que apenas pudo ser oída, respondió:

—Obedeceré; señora.

—Muy bien—dijo Estela, estrechando su mano para recompensarle;—eso es proceder como un hombre. Es usted tan cortés como valiente y estoy satisfecha de usted. Ahora, caballero de la Rosa, no le entretenemos más; puede usted proseguir su paseo.

Esta salida imprevista acabó de desconcertar al alumno de Saint-Cyr. Se inclinó sin saber qué contestar y se alejó, rehuyendo las miradas de su tío, como había venido haciéndolo en el transcurso de la conversación precedente.

Servian quería á su sobrino y, por consecuencia, temía por él los azares de un desafío. Al proporcionarle ocasión propicia de demostrar su habilidad en el tiro, lo mismo que al elogiar sus aptitudes de esgrimidor, no persiguió otro fin que el de inspirar al provocador el deseo de llegar á un desenlace pacífico. Como los acontecimientos vinieron á demostrar la exactitud de su cálculo, juzgó inútil afectar una puntillosa rigidez respecto á ciertos vicios de forma de que pudiera tildarse á la reparación que la señora Caussade apoyara con su graciosa y omnipotente diplomacia.

Aunque presentadas de modo irregular, no por eso las excusas del señor Tonayrion eran menos explícitas y positivas; en todos los casos Servian hubiera aconsejado á su sobrino que las aceptara; pero al ver que Estela se encargaba de este cuidado, vió la negociación en tan buenas manos que creyó deber abstenerse de tomar parte en ellas, sabiendo perfectamente, como sabía, que en el espíritu de un hombre de diez y ocho años obran con más eficacia los ruegos de una mujer bonita que los razonamientos de un tío.

Cuando Félix se hubo alejado, la señora Caussade se encaró con Servian.

—¿Qué le parece á usted?—le dijo con expresión irónica.

Servian se inclinó sonriendo.

—Reconozco que me equivoqué al dudar de su poderío—respondió;—es la primera y última vez que esto me acontece. Ahora, creo que para usted todo es posible; todo, hasta...

—¿Hasta?...—repitió Estela al ver que su interlocutor no acababa la frase.

—Hasta de dotar en realidad al señor Tonayrion del heroísmo que la imaginación de usted le ha atribuído hasta hoy.

La joven viuda experimentó una mezcla de despecho y de satisfacción, que hizo brotar en sus mejillas repentino rubor. Este doble sentimiento es fácil de explicar. ¿No ocurre con frecuencia que una mujer, situada entre dos adoradores suyos, sufre con motivo de los ataques de que uno de ellos es objeto, sin que por esta razón le sean desagradables los celos del otro?

—Ya he observado que el señor Tonayrion no tiene la suerte de ser agradable á usted—dijo con equívoca sonrisa.—Verdad es que ha incurrido en faltas respecto de su sobrino; pero esas faltas están ya reparadas. Por lo que á usted se refiere, no creo que tenga motivos de queja por ello y, sin embargo, parece que no puede usted aguantarle. ¿Qué le ha hecho á usted?

Con una mirada seria y profunda, Servian dió á entender á la señora Caussade que ni por un sólo momento quería prestarse á las sutilezas de la hipócrita controversia á que ella quería comprometerle.

—Oígame usted, señora—dijo con afectuosa gravedad, que parecía participar de la ternura de un padre, más que de la pasión de un enamorado;—no he solicitado yo esta entrevista; pero,

puesto que usted ha querido concedérmela, permítame que me aproveche de la ocasión para ofrecer á usted un consejo. Olvide usted que la he amado y que he pedido su mano; no vea usted en mí más que un antiguo amigo de su padre, un hombre cuya abnegación está consagrada á usted para siempre, por más que finja usted desconocerlo. De ella voy á dar á usted una prueba, á riesgo de aumentar más aún la aversión que hoy parece usted sentir hacia mí. ¿Usted, según me han dicho, ha de casarse con el señor Tonayrion?

—¿Quién ha dicho á usted eso?—interrumpió Estela con curiosidad.

—Poco importa. Me ha maltratado usted mucho desde hace algunos días y quizás, en mi lugar, otro estaría resentido por ello. Por mi parte, lo conozco, aunque me hubiera usted hecho daño, no sabría odiarla. Si me fuera posible abrigar contra usted un pensamiento rencoroso, esa boda me regocijaría; pero amo á usted aún, Estela, y al verme vengado, sería muy desgraciado seguramente.

—¡Qué solemne acento! ¡Qué lúgubres pronósticos!—exclamó la señora Caussade con fingida

jovialidad;—¿de modo que usted cree que, si llego á casarme con el señor Tonayrion, me expongo á ser la más desventurada de las mujeres?

—Espero que su feliz carácter preservará á usted siempre de grandes penas; pero entre los extremos de una vida dolorosa y la dicha ideal con que usted sueña hay muchas gradaciones.

—¿Y teme usted que me quede abajo de la escalera?—dijo riendo.

—Lo que temo para usted—repuso Servian con ternura,—es la pérdida de las ilusiones que dan á su ingenio sabor tan fresco y tan seductor; es esa una de las decepciones mortales que dejan el corazón más vacío y más desolado que la desgracia misma. La opulenta imaginación de usted derrama oro y púrpura sobre los más oscuros é insignificantes objetos que la ocupan; por eso hoy el señor Tonayrion es para usted un héroe; pero, ¿está usted segura de que ese heroísmo no existe más bien en la imaginación de usted que en el corazón de él? ¿Está usted segura de que las plumas de ese pavo real, cuya rueda admira usted, están tan bien sujetas y adaptadas que la prueba del matrimonio no las arrancará

una á una? Hoy, el talento; mañana, la bondad; al día siguiente, el valor...

—Aquí le detengo á usted—interrumpió Estela;—no existe hombre que sea perfecto y, por lo tanto, no garantizo á usted la excelencia absoluta del señor Tonayrion. Por otra parte, tiene usted tanto ingenio, que bajo ese aspecto no me permito compararle con usted; pero, en cuanto á su valor, en cuanto á esa pluma, utilizando la metáfora de usted, está harto bien sujeta para que pueda ser arrancada.

—¿Y si yo se la arrancara?

—¿Usted?—dijo la joven, lanzando una carcajada.

—Yo. ¿Y si derribara á su héroe de su pedestal?

La señora Caussade no se explicó la tenacidad de semejante propósito más que suponiendo que los celos habían trastornado por completo el cerebro de su exenamorado. Esta idea la conmovió.

—Hablemos de otra cosa—dijo con benevolencia, que hacía más meritoria su natural inclinación á la ironía;—aunque no soy aficionada á consejos, sin embargo, reconozco á un antiguo amigo el derecho de dármeles, aun cuando yo no

se los pida. Pero salgamos de lo vago y misterioso, porque me gusta lo recto y positivo, aunque otra cosa crea usted. ¿Conoce usted algo, alguna circunstancia, alguna acción, en una palabra, que imposibilite el matrimonio de una mujer con el señor Tonayrion?

—A mis ojos, el obstáculo es él mismo.

—Los ojos de usted no son los míos—dijo Estela con frialdad.

—Lo sé, señora; luego es cierto que uno de los dos ve mal. Si la boda se efectúa, ¡quiera Dios que sea yo el que se equivoque!

—De todo esto debo deducir, supongo, que usted me aconseja que no me case con el señor Tonayrion.

—Si usted regateara un aderezo de diamantes y una persona de su amistad le dijera: «Las piedras que usted admira son diamantes americanos», ¿compraría usted el aderezo sin comprobar su auténtica valía?

—Hoy no habla usted más que en parábola—dijo Estela con expresión burlona;—hace un momento eran las plumas de pavo real; hétenos ahora con la pedrería. Y otra vez me veo obligada á traducir. Quiere usted decir que el matri-

monio es cosa grave, que no debe decidirse á la ligera y que entre los maridos escasean los diamantes legítimos tanto como abundan los de imitación. Hace tiempo que lo sabía y el consejo de usted huelga, por consiguiente; sin embargo, lo agradezco, porque no creo que no esté inspirado en una benévola intención. Pero, tranquilícese usted; le prometo dedicar á la elección de marido tanta atención, por lo menos, como á la de un aderezo. Sea el que quiera el concepto que tenga usted formado de mi ligereza y de mi atolondramiento, debe usted recordar que cuando llega el caso sé reflexionar también. No creo haber concedido á usted el derecho de suponer que obtener mi consentimiento es cosa fácil.

Con estas palabras, alusión mortificante al desaire que en tiempos sufriera Servian, terminó la entrevista. La señora Caussade cortó la conversación con un saludo tan seco como reservado y, alejándose acto seguido, entró en la casa.

—¿Le ama?—se preguntó Servian, cuando Estela hubo desaparecido;—tanta belleza, tanto ingenio y tanta gracia, ¿podrán ser conquistados por ese fanfarrón? ¡No; le desenmascararé, aun-

que, como premio á tal servicio, no haya de recoger más que ingratitud!

En el momento mismo en que Servian adoptaba esta determinación, Estela, á despecho del tranquilo aplomo que acababa de aparentar, sentía que en el fondo de su alma se agitaba una duda hasta entonces desconocida.

—Aunque los celos del señor Servian hacen sospechosa su opinión— se decía,—preciso es reconocer que hay algo razonable en lo que me ha dicho. Lo que me agrada en el señor Tonayrion es su intrepidez de carácter, llevada hasta el heroísmo. Creo en ella firmemente; pero, ¿qué pruebas tengo de su certeza?

También en aquel momento Félix Cambier, paseando por una alameda del parque, reflexionaba de esta suerte:

—Si esta mujer quisiera, sería yo capaz de arrojarme de cabeza desde lo alto de una torre. Cosa hermosa es el amor; pero no debe llegar hasta la debilidad; y yo hace un momento he sido débil, muy débil. Mi tío, que se congratula de que no me bata, cuidará muy bien de decirme nada; pero en el fondo, estoy seguro, reconoce que he carecido de carácter. Está bien; he jurado

dar por terminada la cuestión y cumpliré mi palabra. Pero el señor Tonayrion habrá de andar derecho; si no, en la primera ocasión le haré pagar de una vez intereses, capital y atrasos.

El heroísmo del guapo Raul se encontraba, pues, amenazado de una triple prueba; al día siguiente, la casualidad suministró á Estela la ocasión de poner en práctica la suya.

## VIII

### El lobo en la trampa.

Hemos dicho ya que el parque del señor Herbelin limitaba con el bosque de Compiègne por un foso coronado por un seto en bastante mal estado. Detrás de esta cerca se había implantado una fila de trampas destinadas á castigar los destrozos que á diario causaban en la finca del coronel las liebres, los conejos y alguna que otra vez la caza mayor del inmediato bosque.

Aquel día, Félix, acompañado de un perro de caza, había salido por la mañana, á primera hora. Después de haber recorrido el bosque sin éxito notable, regresaba ya, bastante descontento, cuan-